

dos; aun de los culpables, que reclaman su facultad de ser corregidos.»

Son paradojas metafísicas. Pero la Metafísica, ¿no es ella misma una paradoja trascendental? Desde Pangloss á Spencer, el estudio de lo que se supone estar *más allá de lo físico* ha pasado del dominio del discurridor al del sacerdote ó el poeta. Digámoslo de una vez: no hay tal Metafísica. A menos que se entienda por tal una serie de apriorismos, sentencias dogmáticas, definiciones laberínticas y aventuradas é intrincadas hipótesis. Las religiones han condenado siempre á la supuesta ciencia que ha querido usurparles el dominio de lo ultranatural. La Ciencia experimental ha hecho más; ha prescindido en absoluto del mundo de los sueños, y como dice Ferri, ha dejado los caducos dualismos á los clásicos y los ortodoxos. Acaso nada demuestra tanto nuestra debilidad como ese respeto supersticioso á la Metafísica, que reputamos cosa sublime y del otro jueves. No hay que asustarse, amigos míos. La Metafísica es sencillamente la ciencia de lo que no es, el conocimiento de lo que jamás y en ningún lugar ha existido, algo ásperamente entretenido, como el descifrar logogrifos, que pese á Mad. de Stael, no sirve para maldita de Dios la cosa, y que, como el caballo del paladín, sólo tiene un defecto: estar muerto.

*Altro difetto in lei non mi dispiace.*

Y acaso porque nadie se mata por nada claro, frente á toda epopeya sangrienta es posible decir con el burgués gentilhomme: *Il ya de la musique (pongamos de la Metaphysique) la dedans*. Casi siempre el odio, la crueldad, el despotismo, la esclavitud, corresponden á otras tantas categorías.

Tal vez por esto la Conferencia de la Paz no formulará sino cándidos imperativos, como aquellos de la Constitución del 12. Se pretende acabar con la guerra, dejando intangibles sus causas. En el nombre de Dios serán las guerras de religión condenadas; en el de la patria, las de conquista y defensa del territorio; en el de los soberanos, las de sucesión. Y los hombres se matarán nuevamente por un altar, un cetro ó una frontera; por signos escritos en el aire, por líneas trazadas con el dedo, por apellidos bárbaros que al cabo de los siglos se convierten de Tamorlan en Tamberlan, de Pipino en Pepino y de Marlborough en Mambrú.

He tenido en mis manos estos días una hermosa novela titulada *La niña de Sanabria*. Nada me ha cautivado en ella como el bello capítulo en que su autora, Blanca de los Ríos, describe el entusiasmo horriblemente cursi con que las madrileñas, prendidas con mantillas de castañuelas y ornadas de claveles rojos y gualdos, creían, asistiendo á los toros, allá por el año 98, cumplir un deber de patriotismo, mientras 50.000 infelices sucumbían en Cuba víctimas de su ignorancia y su romanticismo histérico. Es una hermosa página en que, sobre un crudo y sangriento realismo, pasa el soplo de lo milagroso, impregnado en descompuesta y fría humedad metafísica, como esas corrientes que nos sobrecogen al abrir una miasmática y largo tiempo cerrada cisterna, ó como esa ráfaga helada que, al entrar en los viejos templos, azota nuestra frente como un hálito emponzoñado de los siglos.

Son la calle, el arroyo, el agora, los llamados á oxigenar esos cerrados y oscuros *impaces*; es la turbamulta la destinada á aventar esos miasmas. Conviene que suban al templo, á la cátedra, al Senado, á la Academia, esos vagos rumores; para

atenderlos, si son verdades; para rectificarlos, si son calumnias. Lo que no cabe es despreciarlos y ostentar ó querer ostentar la representación de la democracia. Sólo los déspotas abominan del clamoreo popular. Cuando Rienzi increpa á las masas, la libertad romana pelagra. Bueno ó malo, todo el mundo sabe más que Voltaire; ni puede ser impuesta la razón misma. El barro del arroyo puede ser despreciable á la soberbia, pero sólo con ese barro se modelan las grandes figuras: las que llevan en sí bastante energía para trocarle en immaculado mármol pentélico y bastante fuego, como los hornos de las fábricas, para convertirle en transparente y luminoso cristal.

### La Jota

Son cuatro acordes, limpios, arrogantes, bravios. Tras ellos se precipita una cascada de notas gentiles, cristalinas, dulcísimas, que parecen caer de la inmensidad de los cielos en la noche solemne. En lo alto parpadean los astros; una brisa impregnada de aromas pasa sobre los ramajes del huerto, dejando en sus hojas una leve caricia trémula.

Es una música de acompasada y ligera cadencia; hay en ella algo rudamente selvático y algo también candoroso é ingenuo. Unas veces se complica en raudos y jocundos tresillos; otras en veloces y caprichosos mordentes, para condensarse por fin en un canto marcado, sobrio, casi austero, en que el rugido de la pasión dura acaso un compás y la queja más lastimera y doliente es sólo una nota.

Es el himno de todos. Pero himno cuya letra no han discutido las cancellerías ni figura en los pro-

tocolos. El pueblo la dicta, la cambia y la olvida; pero en sus modulaciones, siempre variables, pone su alma, su instinto colectivo, sus adivinaciones proféticas, sus lamentos de pájaro montaraz y sus rugidos de tigre en acecho.

Y por ese producen sus acordes el escalofrío del entusiasmo; y por eso despiertan recuerdos dormidos de toda una raza, y hay momentos en que no se sabe si entre sus arpegios viene olor á jazmines de huertos geórgicos ó á pólvora quemada en holocausto de una patria noble y austera; y hay otros instantes en que no se sabe si la voz varonil que va á alzarse sobre todo un torrente de armonías va á cantar la esperanza ó el desengaño, el combate ó el sacrificio, la felicidad ó el dolor, el amor ó la muerte.

Mas lo que sí se sabe de antemano es que la canción expresará la lealtad y la decisión arrogante y viril. Oigamos:

Allá va la Jota brava,  
allá va la Jota fiera;  
la de los que quieren firme  
y los que riñen de veras.

Allá va la canción de los humildes, de los desheredados de la fortuna, la de los que aun conservan, en su abandono, una idea generosa en la frente y un impetuoso arresto en el corazón.

\*  
\* \*

Es la voluntad resuelta, decidida, la característica de esta raza de cantos varoniles y danzas atléticas. Aquéllos jamás son ni un lamento, ni una plegaria; éstas carecen de la languidez perezosa y sensual, del blando abandono de las danzas

meridionales. La voz tiene registros austeros, como de sentencia ó de profecía, cuando no de iracundo reto; el baile es como un alarde de agilidad y de fuerza, en que la gallarda actitud parece proponerse ante todo mostrar la superioridad de un organismo sano en la mujer y de una energía indomable en el hombre. Nada de afectación ni de desmayada somnolencia. Como en el mito indio, el amor es el vigor y la fuerza.

Cuando surgió con la primavera la renovación de la tierra madre, una savia fecundadora subió por los troncos, trepó por las ramas, y estallando en brotes y tallos, echó sobre las vegas rientes todas sus esmeraldinas preseas. Por todas las espléndidas comarcas de Morata, de Ricla, Ateca, Calatorao, La Almunia y Calatayud, una vegetación lujuriosa, como la de los trópicos, y un florecimiento inusitado deslumbró á los aragoneses con la perspectiva de una cosecha inesperada y ópima. A los besos del sol fueron surgiendo por todas partes florecillas niveas é inmaculadas ó rosáceas y pálidamente sangrientas. Todas las copas de los melocotoneros, de los ciruelos, de los perales y los manzanos, se cubrieron de delicados copos, que no eran sino cálices en que se elaboraba en misteriosa y secreta eucaristía el jugo sagrado de las dorasmillas, de los albérechigos y las pavias exuberantes. Un grito de jubiloso triunfo se extendió por toda la ribera de un río que teniendo sus aguas rojizas, lleva en el reposo y la constancia el secreto de tornarlás claras y transparentes.

Pero un día comenzó á enviar sobre las vegas exuberantes su soplo letal y congelado el Moncayo. Un frío invernal, destructor, impasible ante la devastación y la ruina, detuvo á la fecundante savia en su curso. Durante la noche, implacable y

serena, los astros refulgieron como diamantes y una atmósfera diáfana anunció los terrores del hielo. Seis días la saña implacable del cierzo depositó sobre la flora virgen sus mortales caricias. Y entonces comenzaron á caer lentos, abatidos, los pétalos, en lluvia incesante y pausada, como las violetas sobre la tumba de Petronio. El suelo fué cubriéndose de hojas blancas, rosadas y amarillentas; poco después los frutales mostraban sus descarnadas ramas desnudas, como demandando el abrazo de una fatídica deidad invisible. La obra de destrucción estaba consumada y el llanto de los niños demostraba que la ruina de la maravillosa vega era un hecho.

Quedaban las vides, cubiertas de espléndido follaje, retorciendo en sus pámpanos jugosos estancias de Teócrito. Y también fueron agostándose en incomprensible senectud prematura. Una plaga de bárbaro nombre anulaba la labor de los hombres y entorpecía, oculta en las raíces, la obra bienhechora de la energía universal.

En los hombres no hubo lágrimas, ni quejas, ni vanos lamentos. ¿A qué bueno?

El hombre que lo es de veras,  
cuando es buen aragonés,  
llora al morir su madre  
y ya no llora otra vez.

A la furia de los elementos cabía oponer la labor de los hombres. Comenzó la tarea ruda y tenaz. A los dos meses, sólo Morata había plantado cerca de un millón de cepas americanas inmunes.

\* \* \*

A la virilidad serena del canto corresponde la firme majestad de la danza. Una mujer esbelta,

prieta, rosada como el aterciopelado fruto de las doresnillas, sale en la serena noche nupcial á colocarse frente á frente del mozo, fornido, recio, tostado por el viento franco y curtidor de las faenas agrestes. Basta contemplarlos de frente, desafiándose á la resistencia jovial cara á cara, mostrando risueños sus dientes parejos y brufidos, para adivinar toda una raza de glorioso abolengo que aun conserva como oro en paño las viejas reliquias de la abuela, y venera en las amplias señoriales estancias los viejos vargueños y los apolillados arcones. Primero se mueven lentamente, á compás; es aquél como un paseo preliminar en el torneo del amor y la cortesía. Luego, la danza se hace agitada, pero sin pérdida de un solo punto de compás, los pies golpean el suelo febriles é isócronos; los brazos se extienden gallardos como en espera de un abrazo definitivo. La hembra entonces se aparta púdica y ruborosa; la danza se convierte en huída y en persecución por parte del galán, tenaz como siempre. El cantor da forma á esta viril constancia:

No importa que mis cantares  
no ablanden tu corazón;  
yo canto sobre las peñas,  
como el agua del Jalón.

El sudor comienza á correr por las frentes, y la danza es de cada vez más segura, más ligera, más cadenciosa y rítmica. Pero hay que terminar. Pronto en las lejanías ha de resonar el canto del gallo; pronto comenzarán á palidecer las constelaciones que siguen dando en el cielo impasible su vuelta diuturna. Mañana otra vez espera el trabajo, la faena agobiante. ¿Qué importa mientras el laúd y el guitarrero sepan puntear sus notas elocuentes sobre un pentagrama apasionado, y la

guitarra acierte á proseguir sus firmes rasgueos? Esta noche se ha amado, y amar es vivir.

Y estalla en el aire la última copla, la más melancólica, pero también la más confiada y resuelta:

Ya no hay despedida triste  
para quien sabe querer;  
que vuelve el agua á la acequia  
y yo tengo que volver.

A volver una, dos, mil veces, al trabajo, al amor, al patriotismo, sin desfallecimiento, sin cobardías, sin quejas estériles. He aquí en la vida el ensalmo secreto, el resorte seguro, el *spiritus intus*.  
¡Oh genio incomparable! ¡Oh tierra bendita!

### Hooping the Hoop

¿Fué piedad? ¿fué sensiblería? Ello es que al ver descender en su automóvil á Mina Alix para precipitarse en el rizo, sentí profunda compasión. Parece una niña; y acaso lo es. No representa tener más de quince años. Sonríe, saluda con gracia encantadora, se mueve con desenvoltura y ligereza dentro de su ligero guardapolvo; pero no se necesita ser muy perspicaz para leer en sus ojos hundidos, en sus facciones desencajadas, en la lividez mate de su semblante, en la titilación de sus párpados y en la tensión de sus mandíbulas, el terror. Sí. Esa niña tiene miedo; terror pánico, invencible, al abismo abierto á sus pies, al aplastamiento feroz que llegará irremisible un día, entre el clamoreo aturdido de una multitud, que se agolpará para ver sus encajes sangrientos. Tiene miedo á la imprevisión de sus ayudantes, á la contingen-

cia inesperada y posible, á la llegada de la *Intrusa*, no callada y cautelosa, como en el drama de Mæterlink, sino estridente, á la luz de los focos voltaicos, acompañada de los acordes de la orquesta, del crujimiento del maderamen y del grito de horror de la muchedumbre.

¿Quién la obliga á subir? ¿Nadie? En la cara lleva impresa la sumisión resignada y la obediencia. Ella dirá que expone la vida por gusto, por amor al arte—el arte de recorrer los rieles cabeza abajo—, por afán de escuchar aplausos, y ¿quién sabe si por ganar dinero? Se engaña á sí misma. Trabaja por falta de energía para rebelarse contra su suerte y sus superiores que la mandan subir y precipitarse. Es su destino: sube y se precipita.

La nueva generación reniega de toda propensión á la ternura. Hay que ser duro. ¿Que se estrelle una niña? Que se estrelle. En la vida triunfa el más fuerte. Todo esto sin perjuicio de reconocer que verdaderamente llevamos dentro un fraile.

Tenemos una ley (la del 78) de protección á los niños de los gimnastas. Pero no se cumple. Además, miss Alix ha cumplido acaso los diez y seis años. Es libre. ¡Qué sarcasmo! Libre de dejar su vida á merced del primero que llega. Aquí donde no se puede decir cantando que Maura y Sánchez Guerra tienen un talento mediocre y que el expreso de Francia «sale á la siete y cuarenta», se puede jugar con la existencia de una criatura, como si ver aplastar chicos fuera un espectáculo culto, y como si los gobiernos no tuvieran otro deber que cumplir que defender filibusteros y encarcelar escritores que á nadie le han robado su pan.

Mientras el aparato queda instalado, el público se entretiene contemplando el odioso telón de anun-

cios, que nos trae el recuerdo del mercantilismo allí donde sólo debiera imperar el arte. Los vendedores, con sus gritos desaforados, pregonan lo mismo que en la Plaza de Toros sus mercancías. La estancia en el local, frío, pero lleno de un aire irrespirable, se hace insufrible. No hay sombreros en la cabeza de las mujeres. Están ya satisfechos los enemigos de la democratización de la belleza. Ya no es bella sino la que tuvo la suerte de nacer hermosa. Pero el humo de los cigarros, los gritos destemplados de los mozalbetes que venden periódicos y bombones, los clamores de las galerías, demuestran que nadie se cuida de imponer compostura y orden en un sitio donde se congregan gentes que merecen mayor respeto. De pronto, el silencio se hace por sí solo y aparece la niña en el tablado. Todos respiran satisfechos. ¿Será esta noche cuando se matará?

Demacrada, lívida, mirando á todas partes con verdadero espanto, la niña se prepara á la terrible prueba. Va á ser arrojada al abismo como un cuerpo muerto. Un minúsculo error acarreará la catástrofe.

Si hay alguien que niegue su terror, que la pulse en ese momento, que la someta á una inspección médica. Es un tipo de Mosso. Suena una voz áspera y luego el grito desafinado de la sirena. Comienza el descenso. Penetra el vehículo dentro del círculo, da la vuelta y sale por fin. Un murmullo, un aliento gigante se escapa por fin de todos los pechos. No se ha estrellado la infeliz. Allí está, sonriente, ahora verdaderamente regocijada. Experimenta la dicha de vivir; hasta mañana, en que volverá á desafiar á la muerte; lo mandan su infortunio y la persona que la tiene bajo su guarda.

¡Qué hemos de hacerle! Se nace titiritero como se nace duque ó Delfín. Fuera esa niña favorita de la riqueza ó de la suerte, tuviera los fondos en Londres, y de seguro no tendría que andar, al menos por ahora, cabeza abajo (1).

### Pasando el Estrecho

Toda la noche he estado despierto; he encendido la luz, la he vuelto á apagar, me he vestido, he leído el discurso del obispo señor Guisasola y he creído poder, al fin, conciliar el sueño. Vuelta á la cama, y vuelta á encender la luz, y á apagarla de nuevo y á dar vueltas, y á poner en desorden pieles y cobertores. Una idea implacable, tenaz, única, irresistible, me destrozaba el cráneo. Atormentado, me he vestido otra vez, me he puesto una bata y un gorro, me he sentado en un taburete y he dado rienda suelta á mi fantasía. ¡Dios mío! ¿Qué debemos hacer en Marruecos?

Charcot coincide con ciertos místicos en reconocer que es funesto huir de las ideas tenaces ó absurdas. Es preciso afrontarlas, perseguirlas, desmenuzarlas, aniquilarlas si es preciso; pero siempre de frente. Pero ¿es una idea una interrogación? A mí me parece que en Marruecos debemos hacer algo. Pero ¿qué? ¡Dioses penates! Pero ¿qué?

La luz del día ha empezado á colorear los techos, las paredes, los muebles, los cuadros. He

(1) A las veinticuatro horas de insertarse este artículo en *El Liberal*, una deficiencia del aparato ó un descuido en el encargado de manejarle, hizo estrellarse á Mina Alix contra el suelo del circo, entre los gritos de espanto y horror de los espectadores.

apagado la luz y me he acercado á las vidrieras. La calle solitaria parecía un interrogante mudo, azotado por las ráfagas de la serranía. Dos ó tres sombras se han deslizado por la acera. ¿Sabrían ellas lo que debemos hacer en el Riff? Luego han ido apareciendo los transeuntes. El frío de la madrugada me helaba los huesos. Otra vez á la cama. Dormir... ¡que si quieres! Ello es que no podemos ir así á la Conferencia de Algeciras. Después del testamento de Isabel la Católica, del cuadro de Rosales, de Tetuán, de Cabrerizas Bajas y del banquete á los veteranos, hay que salir por alguna parte. No sé por dónde; pero algo hay que hacer.

A eso de las diez he subido á casa de mi vecino. Rosita estaba sentada al piano y preludiaba una fuga de Bach. Me he sentado al lado de la pianista y he ido volviendo las hojas sobre el atril. ¡Potente Júpiter! ¡Cuánta semifusa! Al acabar me he limpiado el sudor como si yo fuese el ejecutante. «Rosita, ¿me da usted palabra de no reirse.» «¡Ja, ja! ¿Qué es ello?» «Necesito desahogarme, decir á alguien una idea que me atormenta...» «Desahóguese usted, hombre, desahóguese usted.» «Rosita, ¿cree usted que debemos hacer algo en Marruecos?» «¡Qué barbaridad!» «Luego ¿usted cree que es una barbaridad que nosotros?...» «¿Quiénes, usted y yo?» «No; los españoles; es decir, el Gobierno, mejor dicho...» «¡Ja, ja, ja, ja! ¡Quitese usted de en medio! O si no cálese y siga volviendo las hojas.»

¡Otra fuguita, Santo inmortal! Por fin ha entrado el padre de Rosita cuando ya me había perdido en la diezmillonésima semifusa. «¡Es una iniquidad!», ha dicho. «¿Lo de Marruecos?» «No; lo de la ley de difamación.» «Pero si ya no hay tal ley... En cambio, vea usted el asunto de Marruecos.»

«Yo le digo á usted—me ha interrumpido don Timoteo—que todo eso no le importa á nadie un ardite.»

A la oficina de Clases Pasivas. Pero en la oficina todo el mundo habla del género infimo. Rousseau ha dicho que sólo el fuerte tiene paciencia. He sido fuerte. «Yo le digo á usted que hay más arte en la Cleo que en la Sarah.» «No nos venga usted con paradojas.» «Las paradojas serán las de usted.» «Pero—interrumpo yo—todo eso es de interés secundario, al paso que lo de Marruecos...» «¡Fuera, que se marche!» Está visto que lo de Marruecos á nadie le importa. ¿Qué le ha de importar?

Los periódicos... Aquí sí que encontraré de seguro... Veamos: *Menú de Sus Majestades. Choufroids de cailles...* Discurso del marqués de Vadillo... *Il Trovatore...* Sable de honor... Quejas del vecindario... Pero este vecindario, ¿no sabe que lo de Marruecos nos interesa á todos muchísimo? Llamen. ¿Quién será? ¡Ah! Una factura... Doscientas veinticuatro pesetas... Perdidos somos. ¡Españoles, al Riff!

Es de noche y no he salido de mi confusión. Al periódico. Ahora sí que voy á estudiar el asunto. Lo primero para hacer algo en Marruecos es estar preparado, capacitado que ahora se dice. Pero ¿estamos capacitados? He aquí la cuestión, como dijo yo no sé si Hamlet ó Guisasaola... ¿Qué ocurre? La noticia de un crimen sensacional... ¡Adiós, Marruecos, que te quedas sin gente! A ver, á ver, cuéntenos usted cómo ha sido todo eso, amigo Miranda. Y sin embargo, yo sigo creyendo, con el viejo Montero, que en Marruecos debíamos inmediatamente hacer algo definitivo...

### Junto al pretil

Apoyado en la barandilla de piedra he visto un espectáculo inolvidable. Como si al llegar el crepúsculo hubiera dividido el paisaje en dos mitades antitéticas, á la derecha todo era rojizo, todo tenía resplandores de incendio, los muelles, los cargaderos, las gigantescas grúas, los montes lejanos, el cielo nuboso, semejante á caliente y deslumbrante humareda. A la izquierda todo estaba matizado de un azul oscuro, pero transparente y apacible, como la visión de un lago entre bosques, al fulgor de la luna. Un movimiento de cabeza bastaba para creerse transportado de un universo de cristal á un mundo de fuego. Y los ruidos parecían también responder á las perspectivas. Del paisaje rojo llegaban chirridos de cadenas, golpes de mazo, resoplidos de máquinas, retemblores de motores en marcha y gritos de sirenas de barcos. Del otro lado llegaban al oído rumores de esquilas y de vagas canciones melancólicas, entonadas allá muy lejos, en las umbrías del robledal, tranquilas como estancias de idilios virgilianos.

A la derecha, los Altos Hornos se iluminaron con fulgor deslumbrante. Y sobre la obscura mole de los torreones de la fábrica, una gran llamarada se elevó hasta las nubes, para convertirse después en un enorme surtidor de chispas, en un vívido y encendido penacho formado por millones de abrasadas partículas de combustible en ignición. De las entrañas de una caldera partió un grito supremo y horrisono, como de un gigante abrasado. Y el surtidor siguió vertiendo sus rubíes, esparcién-

dose en dorados ramilletes, cayendo en cascada de luz, mientras al otro lado se precipitó por un canal tortuoso un arroyo de hierro fundido, una vena plutónica que se destacaba en la sombra como una serpiente que llevara bajo su piel una cinta de la diadema fulgurante del sol.

Volví la cabeza hacia la parte de la ría sumida en la obscuridad y el silencio. En la orilla se columpiaban los ramajes, y en las ondas imitaban en las rocas descubiertas por la baja marea el levísimo chasquido de un beso. En un lanchón lejano apareció mortecina la luz de un farol azulado. Mucho más lejos brillaban los arcos voltaicos de la ciudad como verdosas luciérnagas adormiladas en las marismas. El contraste era soberano. Para completarle sonaron á la vez dos campanas. Una, la de la fábrica, llamaba al descanso; la otra, la de Deusto, invitaba tal vez á la oración. Oyéndolas me pregunté en seguida en cuál de ellas sonaba la idealidad.

Al principio me decidí por la del convento. En toda idealidad hay ensueño, y en el ensueño hay algo que azulea. El campo rumoroso, impregnado de aromas; el agua tranquila, espejeante en su ondulación mansa; el cielo estrellado, como evocando el psalmo de Isaías; todo parecía invitar al delirio místico. Después, al mirar hacia los Altos Hornos y contemplar las fábricas rugientes, el mar con sus olores acres tendido bajo las quillas de los poderosos navíos, las altas chimeneas con sus destrenzadas cabelleras de chispas, el incesante martilleo, el cielo purpurado de granas y amarantos, todo convidaba á la ideación de una vida nueva de actividad y trabajo fecundo. El pasado se obscurecía ante la visión luminosa del porvenir. El tañido doliente del címbalo quedaba apagado por

el golpe vibrante, firme, sonoro de la campana limpia que llamaba á la conquista de la Naturaleza por el esfuerzo de la inteligencia y del músculo.

La idealidad estaba allí. El pasado se desvanecía entre sombras. Quise rasgarlas con la mirada, evocar en ella todas las grandezas pasadas, y no acerté á vislumbrar sino ignorancias, odios, fanatismos, explotaciones y miserias. En cambio, en la luz adivinaba conquistas, verdades y redenciones. La idealidad era eso: algo que se fundamentaba en lo real; no vanas declamaciones sin sostén, imágenes sin firmes esquemas y visiones incompletas, parciales, no ya de lo grande, sino de lo que usurpa su representación mayestática.

Y una vez más odié la sombra. Veinte siglos lleváis—dije volviéndome hacia Deusto—de dominar á los hombres, de sojuzgar las conciencias, de perseguir la razón humana, y al cabo de ese tiempo las mujeres, los ancianos, los niños mueren en el arroyo. Llamad aún otra vez, pero sabed que ya nadie os escucha. Estáis condenados á eterno crepúsculo. Es allí, donde la luz alborea y el trabajo redime y vibra la campana de los talleres, donde los hombres quieren ir para buscar su idealidad futura. Cuando el sol se ha puesto en un lado, hay que esperar que amanezca y fulgure por otro.

### Nieve y diamantes

He abierto el balcón y he visto la nieve caer en vellones finísimos. Sobre los árboles subrayaban las hojas tardías una sinfonía en blanco mayor. El césped se alfombraba de immaculados y esponjosos



armiños. Un frío intenso ha penetrado en mis espaldas como un afilado estilete.

He recordado la leyenda de la anciana temblorosa y enferma. Ha perdido al compañero de toda su vida. Los últimos amigos han llevado su cuerpo muy lejos, más allá de la ermita, debajo de unos tilos desnudos. La infeliz no ha dormido; ha pasado la noche sollozando como cuando era pequeña. Pero al amanecer se acerca á los cristales de la ventana, y ve el campo amortajado en blanco sudario. «¡Dios mío—exclama—, ha nevado sobre él!

Ha nevado, ¿sobre cuántos cuerpos olvidados? ¿Sobre cuántas sepulturas sin losa? Pero, además, ¿sobre cuántos infelices sin casa ni abrigo? ¿Sobre cuántos seres humildes desamparados de los hombres y de la tradicional misericordia infinita?

\* \* \*

He recordado con horror que la miseria se extiende por todas partes, que la muerte afila su segur sobre manadas de hambrientos; he sentido como nunca la necesidad de hacer algo, de remediar el dolor ajeno, de luchar por la causa de la justicia universal... y han llamado á la puerta.

Una mujer me ha entregado un sobre perfumado. Dentro venía una circular, cuyo contenido, en sucinto resumen, era el siguiente:

«Grandes son las manifestaciones de piedad con que responden los fieles á la invitación de nuestro Santísimo Padre Pío X para conmemorar la declaración dogmática de la Concepción Inmaculada de María. La Fe pedía algo singular. Las que suscriben, recordando que á la cabeza de los santuarios figura el que en Zaragoza recibe el nombre del Pilar Santo, testimonio de la visita de

la Santísima Virgen á España en carne mortal y de la fe de cien generaciones que con ósculos de amor han desgastado la dura piedra, han proyectado una peregrinación al primer santuario que María tuvo en el mundo.

»No hemos de presentarnos ante la Virgen con las manos vacías. Contamos ya con algunos donativos y alhajas (según mis informes, con cerca de un millón de pesetas), y acudimos á las mujeres españolas para que muestren su gratitud á la que, siendo Bendita entre todas las mujeres, atrajo copiosas bendiciones sobre su sexo.»

Firmaban la circular más de cincuenta damas de lo más florido de nuestra aristocracia.

A la circular acompañaba un volante de una señora respetabilísima. Me pedía una alhaja para la Virgen, un donativo. Quise contestar en el acto y no pude. Después de pasado el primer estupor, resolví disculparme. He aquí mi respuesta:

\* \* \*

«Señoras:

»Pongo á mi buena fe por testigo de que, semejante en esto á la Doctrina Angélica, jamás me inclinó ni movió la promesa del cielo para sacrificar mi reposo en las aras de la verdad, y para expresar francamente mi amor á todo lo que es grande, á todo cuanto vive, ama y siente, á los humildes, á los necesitados, á cuantos han hambre y sed de justicia. Perdida la esperanza en el paraíso, sólo hoy comprendo la enormidad de mi desventura al no poder aspirar á encontrarnos en él siguiendo las huellas de damas tan hermosas, ilustres y discretas.

»Nunca imaginé tan hermosa la mansión de los